EL GATO BLANCO DE DRUMGUNNIOL Y OTROS RELATOS SHERIDAN LE FANU



El gato blanco de Drumgunniol

y otros relatos



Sheridan Le Fanu



Sheridan le Fanu

El gato blanco de Drumgunniol y otros relatos



Sheridan Le Fanu

Nació en Dublín, Irlanda, el 28 de agosto de 1814. Es reconocido como el escritor más influyente de la época victoriana de cuentos de terror y novelas de misterio.

Estudió Derecho, pero dedicó su vida al periodismo y a la creación de relatos. Desde 1861 hasta 1869 editó la revista *Dublin University Magazine*, en cuyos ejemplares publicó muchos de sus textos. En 1863, publicó el libro de relatos de misterio e intriga *La casa junto al camposanto* y, un año después, la novela macabra *El Tío Silas*, la cual es considerada como uno de sus mejores relatos junto a *La Rosa y la Llave* (1871) y la colección *En un vidrio misterioso* (1872). Esta última está conformada por los relatos «Té verde», «El conocido», «El señor juez Harbottle», «La habitación del dragón volador» y «Carmilla», primera novela corta de vampiros. En 1894, fue publicado, de forma póstuma, el libro *El vigilante y otros cuentos de terror*.

Falleció el 7 de febrero de 1873 en Dublín.

El gato blanco de Drumgunniol y otros relatos
Sheridan Le Fanu

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: María Inés Gómez Ramos
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima


EL CONVENIO DE SIR DOMINICK

Así como los contratos de compra-venta y de alquiler están rigurosamente legislados, los pactos diabólicos tendrían que estar incluidos en la ley. Por ejemplo, el artículo primero enumeraría los elementos necesarios:

—Viejo pergamino

—Pluma

—Aguja esterilizada

—*ALMANAQUE PERPETUO...*

En los primeros días del otoño de 1838, un asunto de negocios me llevó al sur de Irlanda. El tiempo era agradable, el lugar y la gente me eran nuevos. Alquilé un caballo en una taberna y envié mi equipaje con un sirviente a bordo de una diligencia de correo y luego, con la curiosidad de un explorador, inicié un recorrido de 25 millas a caballo, por caminos inhóspitos, hasta llegar a mi destino. Atravesé pantanos, colinas, planicies y castillos en ruinas, siempre bajo un consistente viento.

Inicié la marcha tarde y, al haber hecho poco menos de la mitad del camino, ya estaba pensando en hacer un alto en el próximo lugar conveniente para que descansase el caballo y se alimentase, y también para hacerme de algunas provisiones.

Eran cerca de las cuatro cuando el camino, que ascendía gradualmente, se desvió a través de un desfiladero entre la abrupta terminación de unas montañas a mi izquierda y una colina que se elevaba a mi derecha. Abajo se erguía una precaria villa bajo una larga línea de gigantescos árboles de hayas, cuyas ramas cobijaban a pequeñas chimeneas que emitían sus respectivas columnas de humo. A mi izquierda, separadas por millas, ascendiendo el cordón montañoso antes nombrado, había un bosque salvaje, cuyos follajes y helechos terminaban en las rocas.

A medida que descendía, el camino daba algunas curvas, siempre teniendo a mi izquierda el paredón de piedra gris, cubierto aquí y allá con hiedra. Y al acercarme a la villa, a través de sendas en el bosque, pude ver el largo murallón de una vieja y ruinosa casa ubicada entre los árboles, a medio camino entre el pintoresco paisaje montañoso.

La soledad y la melancolía de esa ruina picó mi curiosidad, y una vez que hube llegado a la posada de St. Columbkill, habiendo puesto a descansar a mi caballo y permitiéndome a mí mismo una buena comida, comencé a pensar nuevamente en el bosque y la casa ruinosa, resolviendo dar luego un paseo por aquellas soledades.

El nombre del lugar, supe, era Dunoran; y luego de traspasar el portón de entrada a la propiedad, inicié un paseo por la dilapidada mansión.

Una larga senda en la que sobresalían muchas ligustrinas, me llevó, luego de algunas curvas y recodos, a la vieja casona, bajo la sombra de los árboles.

El camino traspasaba una hondonada recubierta de malezas, pequeños árboles y arbustos, y la silente casa tenía su puerta principal abierta hacia esta oscura cañada. Más allá se extendían robustos árboles por entre la casa, en sus desiertos parques y establos.

Entré y vagué por todos lados, viendo ortigas y ligustrinas a través de los pasillos; de cuarto en cuarto los cielorrasos estaban caídos, y por aquí y por allá había vigas oscuras y raídas, con zarcillos de hiedra por todos lados. Las paredes altas, con el yeso picado, estaban manchadas y enmohecidas. Las ventanas estaban opacadas por la hiedra y, cerca de la gran chimenea unos grajos, especie de pequeños cuervos, revoloteaban mientras que de los árboles que cubrían la cañada, desde el otro lado, se escuchaban los graznidos de sus pichones.

Y, mientras caminaba por entre aquellos melancólicos pasillos, mirando solo en las habitaciones cuyos entarimados no estaban hundidos (circunstancia que hacía de mi exploración una actividad peligrosa), comencé a preguntarme por qué una casa tan grande, en el medio de tan pintoresco paisaje, se había permitido decaer; soñé con la hospitalidad de quienes mucho tiempo antes fueran sus dueños e imaginé la escena de fiestas y francachelas que se habría visto en medianoche.

La gran escalera era de roble y había aguantado maravillosamente el tiempo. Me senté en sus escalones pensando vagamente en la transitoriedad de todas las cosas bajo el sol.

Excepto por el ronco y distante clamor de los pichones, apenas perceptible desde donde yo me encontraba sentado, ningún sonido quebraba la profunda quietud del lugar. Raras veces había experimentado tal sentimiento de soledad. No había viento; ni siquiera el crepitar de una hoja marchita a través del pasillo. Todo era opresivo. Los altos árboles que se erguían alrededor de la casa la oscurecían y añadían algo de terror a la melancolía del lugar.

En ese momento, cercano a mí, escuché con desagradable sorpresa una voz muy particular que repitió estas palabras:

—Comida para los gusanos, muerta y podrida.

Había una pequeña ventana en la pared y, a través de su oscuro hueco, vi casi entre las sombras la forma difusa de un hombre, sentado y bamboleando su pie. Me miraba fijo y reía cínicamente; antes de que pudiera recuperarme de la sorpresa, repitió este dicho:

—Si la muerte fuera una cosa que con dinero se pudiese evitar, los ricos vivirían y los pobres habrían de morir.

—Fue una gran casa, señor —continuó—, la Casa Dunoran, de los Sarsfield. Sir Dominick Sarsfield fue el último de su familia. Perdió la vida a no más de seis pies de distancia de donde usted está sentado.

Y mientras decía esto, saltó con un leve brinco al piso. Tenía el rostro oscuro, rasgos afilados, un poco encorvado. Tenía un bastón para caminar, con el cual señaló a un punto en la pared. Una mancha en el yeso.

—¿Ve usted la marca, señor? —dijo.

—Sí —respondí, al tiempo que me paraba y miraba con curiosa anticipación.

—Está a unos siete u ocho pies del piso, señor, y usted no adivinará de qué proviene.

—Me temo que no —dije— supongo que es una mancha de humedad.

—Nada de eso, señor —respondió con la misma sonrisa cínica, aún apuntando al manchón con su bastón—. Es un manchón de sesos y sangre. Esta ahí desde hace más de cien años; y nunca se irá mientras la pared esté en pie.

—Entonces, ¿fue asesinado?

—Peor que eso, señor —respondió.

—¿Tal vez se suicidó?

—Peor que eso, señor. Soy más viejo de lo que parezco, señor; usted no podrá adivinar mis años.

Se quedó en silencio, mirándome, como invitándome a una conjetura.

—Bueno, yo diría que usted tiene unos cincuenta y cinco.

Rio, tomó una pizca de rapé y dijo:

—Cumplí setenta hace poco.

—Le doy mi palabra que no lo aparenta; aún no lo puedo creer. ¿Usted no recuerda la muerte de sir Dominick Sarsfield? —dije, mirando la ominosa mancha de la pared.

—No, señor, eso ocurrió mucho antes de que yo naciera. Pero mi abuelo fue mayordomo aquí y muchas veces escuché de su boca el relato de la muerte de sir Dominick. No hubo mayordomo en la casa desde que ocurrió aquello, pero hubo dos sirvientes que la mantuvieron, y mi tía fue una de ellas. Ella me crio aquí hasta que tuve 9 años, hasta que se marchó a Dublín, desde ese momento todo comenzó a decaer. El viento fue despojando el tejado y la lluvia pudrió el maderamen. Poco a poco, a través de estos sesenta años, la casa se fue

convirtiendo en esto que hoy ve usted. Pero yo aún tengo cierto afecto por el lugar, por los viejos tiempos. Nunca vengo por aquí, pero quise echar un vistazo. No pienso que esté viniendo muchas veces a ver la vieja casa, ya que estaré bajo el césped en no mucho tiempo.

—Usted se mantiene joven —dije, y dejando este trivial tema, comenté—: No me sorprende que le guste este viejo lugar; es un bello lugar, con muchos árboles.

—Desearía que lo hubiera visto cuando las nueces estaban maduras; son las nueces más dulces de toda Irlanda, creo —contestó con un práctico sentido de lo pintoresco—. Usted se llenaría los bolsillos mientras lo recorría.

—Este es un bosque muy antiguo —comenté—. No he visto ninguno más hermoso en toda Irlanda.

—¡Eiah! Usía, todas las montañas de por aquí ya tenían bosques cuando mi padre era mozo, y Murroa Wood era el más grande de todos. La mayoría eran robles, y hoy han sido en gran parte talados. Ni uno quedó que se pueda comparar con los de aquellos tiempos. ¿Qué camino tomó, usía, para llegar hasta aquí? ¿Vino desde Limerick?

—No. Killaloe.

—Bueno, entonces pasó por el lugar donde estaba en los viejos tiempos el Murroa Wood. Fue cerca de allí que sir Dominick Sarsfield se encontró por primera vez con el Diablo, el Señor nos libre, y este fue un mal encuentro para él.

Había tomado interés en esta aventura que había tenido lugar en el mismo marco que ahora me atraía tanto; y mi nuevo conocido, el pequeño encorvado, estaba bien dispuesto a narrarme la historia. Y comenzando a hablar, pronto nos sentamos.

«—Cuando sir Dominick estaba aquí, la propiedad estaba esplendorosa; y aquí tenían lugar grandes fiestas, había música y se le daba la bienvenida a todos aquellos que se acercaban. Había vino de tonel de clase, comida caliente, como para incendiar una ciudad, y cerveza y sidra, como para hacer flotar un buque. Esto duraba casi todo el mes, hasta que el tiempo y la lluvia estropeaban las diversiones de nuestras danzas. Por esa época comenzaba la feria de Allybally Killudeen, distrayéndonos con sus diversiones. Pero sir Dominick solo estaba comenzando, y no le había quedado método por intentar que lo llevase a

deshacerse de su fortuna (bebida, dados, carreras, naipes y todo tipo de azares), con lo que no pasaron muchos años para que se viera en deuda y se convirtiera en un hombre muy desgraciado. Al mundo exterior mostró, mientras pudo, como que no ocurría nada. Luego vendió todos sus perros y luego fueron casi todos los caballos. Con eso se marchó a Francia, y nadie escuchó nada de él durante algo así como dos o tres años. Hasta que al final, muy inesperadamente, una noche se escuchó un golpe en la gran ventana de la cocina. Eran pasadas las diez y el viejo Connor Hanlon, mi abuelo el mayordomo, estaba sentado al lado del fuego, solo, calentándose. Soplaba un viento fuerte por las montañas, silbaba a través de la copa de los árboles y hacía un ruido triste a través de la gran chimenea».

El narrador miró fijo a la más cercana chimenea, visible desde su asiento.

«—Como no estaba seguro acerca del golpe en la ventana, se levantó y vio el rostro de su patrón. Mi abuelo se alegró de verlo bien, ya que hacía bastante tiempo que no tenía noticias de él; pero al mismo tiempo estaba triste porque habían cambiado las cosas y solo estaban a cargo

de la casa el viejo Juggy Broadrick y mi abuelo mismo, habiendo apenas un hombre en el establo, y era cosa muy lamentable volver a la propia casa en tal estado. Él le dio la mano a Connor y dijo:

—Vine aquí para hablarle. Dejé mi caballo con Dick en el establo; si no lo vuelvo a buscar antes del amanecer, quiere decir que jamás lo volveré a utilizar.

Dicho esto, fue a la gran cocina y tomó un taburete, donde se sentó para tomar un poco de calor del fuego.

—Siéntate, Connor, frente a mí, y escucha lo que voy a contar, y no temas decir lo que pienses.

Habló todo el tiempo mirando al fuego, con sus manos extendidas. Se veía muy cansado.

—¿Y por qué habría de temer, amo Dominick? —preguntó mi abuelo—. Usted ha sido un buen amo para mí, lo mismo que su padre, que su alma descanse en paz, antes de usted. Y soy sincero.

—Todo terminó para mí, Connor —dijo sir Dominick.

—¡Dios no lo permita! —dijo mi abuelo.

—Reza por ello —dijo sir Dominick—. Perdí mi última moneda; solo queda esta vieja casa. Debo venderla y he venido, sin saber bien por qué, a dar un último vistazo y luego marcharme hacia la oscuridad.

Y dijo:

—Connor, dicen que el Diablo te da dinero durante la noche y que al otro día se convierte en guijarros, astillas y cáscaras de nuez. Si juega limpio, creo que podré hacer negocios con él esta noche.

—¡Dios no lo permita! —dijo mi abuelo, con un sobresalto, mientras se santiguaba.

—¡Cómo pasa el tiempo! ¿Cuánto tiempo pasó desde que el capitán Waller lidió conmigo por la joya en New Castle?

—Seis años, amo Dominick, y con el primer disparo le rompió la pierna.

—Lo hice, Connor —dijo él— y ahora desearía que, en cambio, él me hubiera atravesado el corazón. ¿Tienes un *whisky*?

Mi abuelo tomó una botella de un aparador y sir Dominick lo sirvió en una copa.

—Saldré para echar un vistazo a mi caballo —dijo, levantándose y enfundándose con su capa, y con la mirada fija como si estuviese pensando en algo malo.

—No tardaré más que un minuto en ir al establo y mirar el caballo por usted, señor —dijo mi abuelo.

—No iba a ir al establo —dijo sir Dominick—; puedo decirte la verdad, ya que lo sabrás tarde o temprano. Iba a ir a través del bosque; si vuelvo me verás en no más de una hora. De cualquier manera, no sería bueno que me siguieras, ya que si lo haces te dispararía y sería un mal fin para nuestra amistad.

Dicho esto, caminó por este pasillo de ahí. Abrió la puerta y salió hacia la espesura bajo la luz de la luna y el viento frío. Mi abuelo lo vio caminar a través del bosque, hasta que entró y cerró la puerta.

Sir Dominick se detuvo para pensar cuando se encontró en el medio del bosque. No se había dado cuenta cuando dejó la casa, pero el *whisky* no le había aclarado la mente, tan solo le había dado coraje.

Ya no sentía el viento, no temía a la muerte, ni pensaba en nada más que en la vergüenza y la caída de su familia.

De pronto, no le vino mejor idea que seguir caminando hasta Murroa Wood, en donde podía subirse a uno de los robles para colgarse con su pañuelo de una de las ramas.

Era una brillante noche de luna llena, tan solo había una pequeña nube que de cuando en cuando ocultaba al satélite que, sin embargo, daba tanta luz como si fuera día.

Marchó hacia el bosque de Murroa, iba tan rápido que cada uno de sus pasos equivalía a tres normales. No tardó mucho tiempo en llegar al lugar en que los robles extendían sus sarmentosas raíces y sus ramas como si fueran los maderos de un techo, dejando filtrar, empero, algo de la luz lunar, y provocando unas sombras gruesas y tan espesas como la suela de mi zapato.

Ya estaba volviendo a su sobriedad, y comenzaba a aflojar su paso, pensando que sería mejor enlistarse en el ejército del rey de Francia.

En ese momento, cuando había resuelto para sí mismo no quitarse la vida, fue que comenzó a escuchar un leve tintineo a través del bosque y, de pronto, vio a un gran caballero justo enfrente suyo, que venía caminando por ese mismo lugar.

Era joven, tal como él, y vestía un sombrero ladeado, con un listón dorado a su alrededor, como el de un oficial, y una indumentaria como la que en algunas ocasiones vestían los oficiales franceses.

Los dos caballeros se quitaron sus respectivos sombreros, y el extraño dijo:

—Estoy reclutando, señor —dijo él— para mi soberano, y usted se dará cuenta de que mi dinero no se convertirá en guijarros, astillas y cáscaras de nuez a la mañana siguiente.

Al mismo tiempo sacó una gran bolsa repleta de oro; sir Dominick sintió cómo se le erizaban los pelos de la nuca.

—No tema —dijo el extraño— el dinero no te consumirá. Si pruebas ser honesto y si esto prospera contigo, desearía proponerte un pacto. Hoy estamos a último día de febrero —continuó— te serviré durante siete años exactos y, al término de los mismos, tú me servirás a mí. Volveré a buscarte cuando el séptimo año se cumpla, cuando el reloj surque el minuto entre febrero y marzo. Tú no me verás como un mal amo, ni tampoco como un mal sirviente. Amo mis propiedades y ordeno todos los placeres y glorias del mundo. El contrato se iniciará hoy, y el arriendo se cumplirá en la medianoche del último día nombrado; y en el año de —me dijo el año, pero ciertamente lo olvidé— y si tú prefieres esperar para ver el progreso antes de firmar, tendrás un plazo de ocho meses y veintiocho días. Pero en este lapso no puedo hacer gran cosa por ti; y si llegado el día no quieres firmar, todo lo que te otorgué se desvanecerá, y te encontrarás tal y como esta noche, listo para colgarte del primer árbol.

Bien, sir Dominick eligió esperar, y regresó a la casa con la bolsa llena de oro, tan redonda como su sombrero. Mi abuelo se alegró de ver a su amo seguro y regresando tan pronto. Llamó nuevamente por la cocina y dejó caer

la bolsa sobre la mesa. Se quedó parado y moviendo los hombros, como si hubiera estado cargando un gran peso sobre ellos; miró la bolsa y mi abuelo lo miró a él, y de él a la bolsa y nuevamente a él. Sir Dominick se veía pálido como una hoja de papel.

—No lo sé, Connor, ¿qué habrá dentro? Es la carga más pesada que jamás acarreé.

Se mostró tímido para abrirla y antes de hacerlo hizo que mi abuelo avivara el fuego de la chimenea. Una vez abierta, vieron que la bolsa estaba repleta de monedas de oro, nuevas y brillosas, como si fueran recién salida de la casa de la moneda.

Sir Dominick hizo que mi abuelo se sentara a su lado mientras contaba cada una de las monedas de la bolsa.

No faltaba mucho para que rompiera el día cuando terminó de contar, y sir Dominick le hizo jurar a mi abuelo que no diría palabra de aquel asunto a nadie. Y él lo guardó en secreto.

Cuando el plazo de los ocho meses y veintiocho días estaba cerca de expirar, sir Dominick regresó muy

preocupado a esta casa. No sabía bien qué hacer. Nadie más que mi abuelo sabía algo sobre el tema, y no conocía ni la mitad de lo que había pasado.

A medida que se acercaba el final del mes de octubre, sir Dominick se iba angustiando cada vez más.

Una vez que pudo tranquilizarse pensando que no tendría que decir más nada sobre el asunto, ni hablar nuevamente con aquel que conociera en el bosque de Murroa, las deudas volvieron a hacer palpitar su corazón. Solo unas semanas antes de la expiración del plazo, todo comenzó a andar mal. Un hombre le escribió desde Londres para decir que sir Dominick había pagado trescientas libras al hombre equivocado y que debería pagar de nuevo; otro reclamaba una deuda de la que nunca antes había oído nada; y otro más, en Dublín, negaba el pago de una gran deuda, y sir Dominick no tenía idea de donde había puesto los recibos. Por la misma fecha tuvo una cincuentena de reclamos similares.

Una vez que llegó la noche del 28 de octubre, estaba por volverse loco con la cantidad de reclamos que le llegaban de todos lados. Solo veía como salida el recurrir

a su terrible amigo, aquel a quien había conocido aquella noche en el bosque de aquí cerca.

Así que decidió marchar para cumplimentar el asunto que ya había iniciado, a la misma hora que había ido la última vez. Se quitó el crucifijo que llevaba en torno al cuello, ya que era católico, y su pequeño evangelio, y se deshizo de la astilla de la Sagrada Cruz que guardaba en un relicario, ya que desde que había tomado dinero proveniente del El Maligno, había comenzado a sentir miedo, y se había hecho de diversos elementos para protegerse del poder del demonio. Pero esa noche no se atrevía a llevarlos consigo, así que se los dio en la mano a mi abuelo, sin decirle palabra, con el rostro tan blanco como el papel. Luego tomó su sombrero y espada y le dijo a mi abuelo que estuviera pendiente de su regreso para luego salir hacia el bosque.

Era una noche tranquila, y la luna, no tan brillante como la primera noche, iluminaba el brezal y las rocas y caía sobre el solitario bosque de robles.

Su corazón iba latiendo, a medida que se acercaba al lugar, con mayor fuerza. No había sonido alguno, ni siquiera el aullido distante del perro de la villa cercana.

Si no fuera por sus deudas y pérdidas que lo estaban por volver loco y, a pesar del temor por su alma, esperanzas del paraíso y de todo lo que su buen ángel le susurraba al oído, se habría dado la vuelta, habría enviado por su clérigo para que le tomare la confesión y le diera una penitencia, para poder cambiar su camino hacia una buena vida, ya que había llegado al punto de aterrorizarse por el pacto que iba a realizar.

Aligeró el paso hasta que llegó al mismo lugar bajo las grandes ramas del viejo roble. Se detuvo y se sintió tan frío como un muerto. Imagínese que no se sintió mucho mejor cuando vio venir al mismo hombre por detrás del gran árbol.

—Encontró que el dinero fue bueno —dijo este—, pero no fue suficiente. No importa, tendrás suficiente como para ahorrar. Te haré una sugerencia para que cada vez que necesites mi servicio, cada vez que desees verme, solo tengas que acudir a este lugar, recordar mi rostro en tu mente y desear mi presencia. Ahora para fin de año ya no deberás ni un centavo, y nunca perderás en los naipes, siempre tendrás el mejor lanzamiento de dados y apostarás al caballo correcto. ¿Estás complacido?

La voz de sir Dominick casi se atenazaba en su garganta, pero emitió una o dos palabras que significaban su consentimiento. Y con esto, El Maligno lo tocó con

una aguja, invitándolo a escribir unas palabras que tenía que repetir y que sir Dominick no comprendió, sobre dos delgadas hojas de pergamino. Con una de ellas se quedó el caballero, y la otra se la entregó a sir Dominick, dándosela en la misma mano de la que había tomado su sangre. También le cerró la herida, ¡y esto es verdad, como que usted está ahí sentado!

Bueno, sir Dominick regresó a casa. Estaba muy asustado, pero poco a poco iba calmándose. En breve tiempo se vio librado de sus deudas. El dinero pronto le cayó en avalancha, y nunca hizo apuesta o tomó parte en juego de azar que no ganara; y por sobre todo, no hubo pobre en sus propiedades que no fuese menos feliz que sir Dominick.

Él volvió a los viejos tiempos, cuando el dinero propiciaba que hubiera sabuesos, caballos y vino en abundancia, muchos invitados, diversiones y todo aquello que alegraba la gran casa. Y algunos dijeron que sir Dominick estaba pensando en casarse, en tanto otros decían que no. De cualquier modo, algo había que lo preocupaba más de lo común y una noche, sin que nadie lo supiera, marchó al bosque de robles. Mi abuelo

pensó que sería algún problema con una joven y bella dama de la que estaba celoso y enamorado, pero es solo una suposición.

Bien, sir Dominick se metió en el bosque, caminando y espantándose cada vez más a medida que se iba acercando al punto de encuentro; luego de un rato allí, se estaba por volver sobre sus pasos, cuando vio a quien había ido a ver, sentado sobre una gran roca, bajo uno de los árboles. En lugar de estar ataviado como un elegante caballero, con el listón dorado y la gran vestimenta, ahora estaba vestido con harapos y su estatura era del doble que antes. Su rostro estaba embadurnado de hollín y tenía un gran martillo metálico, que se veía tan pesado como cincuenta, con un mango de casi un metro de largo entre sus rodillas. Estaba tan oscuro que no le vio claramente por un largo rato.

Se paró, vio que tenía un tamaño descomunal. Qué ocurrió entre ellos mi abuelo jamás escuchó, pero sir Dominick se empezó a volver un tipo melancólico, noche tras noche, y no reía por nada ni decía palabra alguna a nadie. Cada vez empeoraba más y se volvía más solitario. Y esa cosa, cualquiera que fuera, solía atacarle

espontáneamente, algunas veces de una forma y otras veces de otra, podía ser en lugares solitarios o cuando regresaba cabalgando solo a casa. Al final se desesperó tanto que envió por el sacerdote.

El cura estuvo con él por largo tiempo, y cuando hubo escuchado toda la historia se marchó rápidamente en busca del obispo, quien estuvo aquí al día siguiente, dándole un buen consejo a sir Dominick. Le dijo que debía cortar por lo sano con los dados, los juramentos y la bebida, y que debía deshacerse de las malas compañías, para vivir en la virtud hasta que se cumpliera el plazo de siete años. Y si el Diablo no venía por él durante el minuto posterior a las doce en punto del primero de marzo, él estaría a salvo del pacto. No faltaban más de ocho o diez meses para que se cumpliera el plazo de los siete años, y sir Dominick vivió todo ese tiempo de acuerdo al consejo del obispo, tan estrictamente como si estuviera en un retiro.

Bien, usted puede suponer que se sintió raro hasta que llegó la mañana del 28 de febrero.

El cura llegó ese día, y sir Dominick y el reverendo se encerraron juntos en el cuarto que usted ve ahí, donde estuvieron rezando hasta casi la medianoche y durante

la siguiente hora. No hubo signos de desorden ni mayor disturbio, y el obispo durmió esa noche en la habitación contigua de sir Dominick, despertando confortable al otro día, estrechando sus manos y besándose como dos camaradas luego de una victoria en la guerra.

Sir Dominick creyó que tendría una placentera velada, luego de todas sus abstinencias y oraciones, así que invitó a una docena de sus camaradas, incluidos el cura, a cenar con él, y hubo copas y un sinfín de vino, juramentos, dados, naipes, cantinelas y cuentos, pero nada bueno para escuchar, de manera que el sacerdote se marchó cuando vio el rumbo que habían tomado las cosas. No faltaba mucho para la medianoche cuando sir Dominick, sentado a la cabeza de su mesa, exclamó:

—¡Este es el mejor primero de marzo que jamás pasé con mis amigos!

—Pero si no estamos a primero de marzo —dijo el señor Hiffernan de Ballyvoreen. Era un hombre erudito y siempre tenía un almanaque.

—¿Qué día es entonces? —preguntó sir Dominick, pasmado, dejando caer una cuchara en el plato y mirándolo fijamente, como si tuviera dos cabezas.

—Estamos veintinueve de febrero, año bisiesto —dijo.

Y mientras hablaban de esto, el reloj anunció las doce de la noche; y mi abuelo, que estaba medio dormido en su silla junto a la chimenea del vestíbulo, abrió los ojos y vio a un caballero robusto y no muy alto, con una capa y un cabello muy largo y negro, que escapaba de su sombrero, parado en ese lugar donde se ve esa luz contra la pared».

Mi encorvado amigo apuntó con su bastón a una pequeña franja que iluminaba la luz del atardecer, que hacía un relieve sobre la profunda oscuridad del pasillo.

«—Dile a tu amo —dijo él con una voz espantosa, como la del gruñido de una bestia— que estoy aquí por un contrato, y que lo esperaré durante un minuto.

Mi abuelo subió por esas escaleras sobre las cuales usted está sentado.

—Dile que aún no puedo bajar —dijo sir Dominick, y volviéndose a sus compañeros en el cuarto, les dijo, con un sudor frío en la frente—: Por el amor de Dios, caballeros, ¿alguno de ustedes podría saltar por la ventana e ir en busca del cura?

Todos se miraron entre sí, sin saber que hacer, y en ese momento mi abuelo regresó diciendo:

—Señor, dice que, a no ser que baje, él subirá por usted.

—No comprendo esto, caballeros, veré que significa —dijo sir Dominick, al tiempo que recomponía su semblante y caminaba a través del cuarto, como un hombre condenado al que su verdugo espera fuera. Al bajar las escaleras, algunos de sus camaradas espiaron a través del pasamanos. Mi abuelo iba caminando seis u ocho escalones detrás de él y llegó a ver al extraño dar unas zancadas en dirección a sir Dominick. Lo tomó entre sus brazos e hizo girar su cabeza contra la pared. En ese momento las velas y los leños de las chimeneas se apagaron con un fuerte viento que recorrió todo el piso.

Los compañeros bajaron corriendo. Un golpe provino de la puerta principal. Algunos corrieron para arriba y otros para abajo, con faroles. Encontraron a sir Dominick. Alumbraron su cadáver y pusieron sus hombros contra la pared; pero no pudo decir ni media palabra, ya se había enfriado y se estaba poniendo tieso.

Pat Donovan llegaba tarde esa noche. Luego que traspasó el pequeño arroyo, y que su carruaje se encaminó hacia la casa, faltando unos veinticinco metros para llegar, su perro, que estaba a su lado, dio un giro súbito y brincó, dando un aullido que se habrá escuchado a una milla a la redonda; en ese momento, dos hombres pasaron a su lado en silencio, provenientes de la casa. Uno de ellos era pequeño y robusto, y el otro como sir Dominick, pero solo la forma, ya que como había muy poca luz bajo los árboles por donde pasaron, solo se veían como sombras. Cuando pasaron por ahí, él no pudo escuchar sus pasos. Se asustó bastante y, cuando llegó a la casa, encontró a todos en una gran confusión, en torno al cadáver del dueño, con la cabeza en pedazos, yaciendo en aquel lugar».

El narrador se detuvo y me indicó con la punta de su bastón el sitio exacto en donde estaba el cuerpo de sir Dominick, y mientras miraba, las sombras iban oscureciendo el manchón rojizo, a medida que el sol se iba ocultando tras las distantes colinas de New Castle, dejando la fantasmagórica escena en el profundo gris de la penumbra.

Al fin el narrador y yo partimos, no sin despedirnos con buenos deseos y una pequeña «propina» de mi parte que no fue mal venida.

Estaba oscuro y la luna brillaba en lo alto cuando llegué a la villa, monté mi caballo y di una última mirada al lugar de la terrible leyenda de Dunoran.

EL GATO BLANCO DE DRUMGUNNIOL

¡Quién no ha oído contar de niño la famosa historia de la gata blanca! Pero yo voy a contar aquí la historia de un gato blanco muy distinta a la de la amable y encantada princesa que tomó este disfraz durante una temporada. El gato blanco del que voy a hablar es un animal mucho más siniestro.

El que viaja de Limericka Dublín, tras dejar atrás las colinas de Killaloe a la izquierda, cuando el monte Keeperse yergue a su vista, se va viendo gradualmente rodeado, a la derecha, por una cadena de colinas más bajas. En medio se extiende una llanura ondulada que se va hundiendo paulatinamente hasta un nivel inferior al del camino, cuyo carácter agreste y melancólico alivia algún que otro seto desparramado.

Uno de los pocos habitáculos humanos que proyectan hacia lo alto sus columnas de humo de turba en medio de esta llanura solitaria es el construido con tierra y de techumbre malamente cubierta de paja de un «granjero duro», como llaman en Munster a los más prósperos de los labriegos. Se asienta en medio de un racimo de árboles junto al borde de un riachuelo serpenteante, a medio camino entre las montañas y la carretera de

Dublín, y durante muchas generaciones ha dado cobijo a una familia de apellido Donovan.

Lejos de allí, deseoso de estudiar varios legajos irlandeses que habían caído en mis manos, y tras preguntar por algún profesor capaz de instruirme en la lengua irlandesa, me recomendaron a un tal Mr. Donovan, personaje soñador, inofensivo y muy instruido.

Descubrí que había estudiado con una beca en el Trinity College de Dublín. Ahora se ganaba la vida dando clases, y supongo que la índole especial de mi estudio debió de estimular su amor patrio, pues me confió muchos pensamientos suyos largo tiempo callados y muchos recuerdos de su terruño y de sus primeros años. Fue él quien me contó esta historia, que intentaré repetir aquí, de la manera más fiel posible, con sus mismas palabras.

Yo he visto muchas veces esa antigua y singular granja de labriegos: su huerto de inmensos manzanos cubiertos de musgo; la torre desmochada cubierta de hiedra, que doscientos años atrás había servido de refugio contra agresores y bandidos, y que aún ocupa su antiguo emplazamiento en la esquina del granero; el seto, tan

frondoso, a ciento cincuenta pasos de distancia, testigo de los trabajos de una raza ya pasada; el perfil oscuro y dominante del viejo torreón al fondo; y, cerca de allí, haciendo barrera, la solitaria cadena de colinas cubiertas de aliaga y brezales, con una línea de rocas grises y racimos de robles enanos o abedules.

La impresión general de soledad hacía de todo aquello un escenario ideal para un relato salvaje y sobrenatural. Yo imaginaba perfectamente como, visto en el gris de una mañana invernal, cubierta por doquier de nieve, o en la melancólica belleza de una puesta de sol otoñal, o en el gélido esplendor de una noche de plenilunio, aquel escenario coadyuvaba a sintonizar una mente soñadora como la del honrado Dan Donovan con la superstición, o una mente cualquiera con las ilusiones de la fantasía. Es cierto, no obstante, que jamás he encontrado en mi vida a una persona más sencilla y más de fiar.

Cuando era niño, me contó, y vivía en Drumgunniol, solía llevarme la Historia romana de Goldsmith a mi lugar favorito, una piedra lisa sombreada por un enorme oxiacanto junto a una laguna bastante profunda, similar a lo que en Inglaterra he oído llamar lago Alpino. Se

encuentra en una vaguada limitada al norte por el viejo huerto, un lugar solitario de lo más apropiado para estudiar con tranquilidad.

Un día, después de la habitual panzada de lectura, me cansé finalmente y me puse a mirar a mi alrededor, pensando en las escenas heroicas que acababa de leer. Estaba tan despierto como lo estoy ahora mismo, y vi a una mujer que asomaba por un extremo del huerto y empezaba a bajar la cuesta. Llevaba un vestido gris claro y muy largo, tanto que parecía acariciar la hierba bajo sus pies; la manera como iba vestida me resultó tan singular en aquella parte del mundo donde el atavío femenino estaba perfectamente reglamentado por la tradición que no pude quitarle los ojos de encima. Iba atravesando diagonalmente el vasto campo con paso regular.

Al acercarse noté que iba descalza y parecía ir mirando a un punto fijo, como si le sirviera de guía. Su itinerario en línea recta la habría hecho pasar —haciendo abstracción de la laguna— a unos diez metros más abajo de donde yo estaba sentado. Pues he aquí que, en vez de detenerse al borde de la laguna, como yo había esperado, prosiguió como si el agua no fuera obstáculo, y así la vi, con la

misma claridad como lo veo a usted, señor, atravesar la laguna sobre su superficie y pasar, al parecer sin verme, a la distancia aproximada que yo había calculado. Estuve a punto de perder el conocimiento de puro terror. Yo tenía solo trece años entonces y recuerdo cada detalle como si hubiera ocurrido ahora mismo.

La figura atravesó una abertura que había en el ángulo más alejado del campo, donde la perdí de vista. Apenas tenía fuerzas para volver a casa y estaba tan asustado que durante tres semanas permanecí recluido en casa sin poder estar solo ni siquiera un minuto. El horror que me había producido la aparición en aquel campo fue tal que ya no volví nunca más a aquel lugar. Ni siquiera ahora, después de tantos años, se me ocurriría pasar por allí.

Aquella aparición la relacioné enseguida con un acontecimiento misterioso o, si se quiere, con una fatalidad singular que durante casi ocho años se ensañó con nuestra familia. No es ninguna fantasía mía. Todo el mundo de esta comarca sabe perfectamente a que me estoy refiriendo (y todo el mundo relacionó entonces con eso mismo lo que yo había visto).

Procuraré contárselo a ustedes de la mejor manera posible.

Recuerdo la noche en que, cumplidos ya los catorce años —es decir, un año después de la referida visión en el campo de la laguna—, nos encontrábamos esperando a que volviera a casa mi padre de la feria de Killaloe. Me había quedado acompañando a mi madre, pues me encantaba aquel tipo de vigilias. Mis hermanos y hermanas, así como los criados de la granja, salvo los hombres que volvían de la feria con el rebaño, se habían retirado ya a descansar. Mi madre y yo estábamos sentados junto a la chimenea charlando y vigilando que la cena de mi padre se mantuviera caliente en el fuego. Sabíamos que volvería antes que los mozos que traían el ganado, pues él venía a caballo y nos había dicho que se pararía a verlos marchar y luego vendría corriendo a casa.

Por fin oímos su voz y sus enérgicos golpes en la puerta, y mi madre se levantó a abrirle. Yo no creo haber visto nunca a mi padre borracho, cosa que, en toda la comarca, muy pocos chicos de mi edad habrían podido decir del suyo. Lo cual no significa que no se tomara su vaso de whisky como todo hijo de vecino; y, cuando había feria o mercado, volvía a casa algo alegre y achispado y con las mejillas arreboladas. Pero aquella

noche tenía un aspecto deprimido, pálido y triste. Entró con la montura y las bridas en la mano, las dejó junto a la pared, cerca de la puerta, y luego rodeó con los brazos el cuello de su mujer y la besó tiernamente. —Bienvenido a casa, Meehal —dijo ella besándolo cariñosamente.

—Que Dios te bendiga, querida —contestó él.

Y, tras acariciarla de nuevo, se volvió hacia mí, que estaba tirándole de la mano, celoso de su atención. Yo era pequeño y ligero para mi edad, y él me cogió en sus brazos y me besó, y, con mis brazos aún en su cuello, dijo a mi madre:

—Echa el cerrojo, mujer.

Ella obedeció, y él, bajándome con aire muy deprimido, se dirigió hacia la lumbre y se sentó en un taburete con los pies extendidos hacia la turba candente y las manos apoyadas en las rodillas.

—Alegra esa cara, Mick, querido —dijo mi madre, que estaba poniéndose nerviosa—, y cuéntame si se ha vendido bien el ganado y todo ha salido bien en la feria o

si has tenido algún problema con el amo, o cualquier otra cosa que te pueda preocupar, Mick, tesoro.

—No, nada, Molly. Las vacas se han vendido bien, gracias a Dios, y no hay ningún problema entre el amo y yo, y lo mismo las demás cosas. Todo anda bastante bien.

—Bueno, Mickey, entonces, si es así, dedícate a tu cena que está caliente y cuéntanos las noticias que haya.

—Ya he cenado en el camino, Molly, y no podría comer otro bocado más —contestó.

—¿Que has cenado en el camino sabiendo que te esperábamos en casa, con tu mujer levantada y todo lo demás? —Le regañó mi madre.

—Has interpretado mal lo que he dicho —repuso mi padre—. Bueno, en realidad ha ocurrido algo que me ha quitado el apetito. Mira, Molly, no voy a andarme con misterios contigo, pues a lo mejor me queda ya poco tiempo de estar aquí. Así que te diré lo que ha pasado. He visto al gato blanco.

—¡Que el Señor se apiade de nosotros! —exclamó mi madre, de repente tan pálida y descompuesta como mi

padre; y luego, tratando de reponerse, agregó con una risita—: Seguro que es una broma que me estás gastando. Me han dicho que el domingo pasado cayó en una trampa un conejo blanco en el bosque de Grady; y que Teigue vio ayer una gran rata blanca en el granero.

—No ha sido ninguna rata ni ningún conejo. No irás a decirme que confundo una rata y un conejo con un gato blanco grande con unos ojos verdes más grandes que platos y el lomo arqueado como un puente, que se me acerca dispuesto, si me quedo quieto, a restregarse el lomo contra mis espinillas, y a lo mejor a saltarme al cuello y pegarme un mordisco... Bueno, si es que a eso se le puede llamar un gato y no otra cosa peor...

Mi padre terminó su relato, en voz baja y con la vista fija en el fuego, y luego se pasó su mano grande por la frente una o dos veces. Tenía el rostro húmedo y reluciente por los sudores del miedo y exhaló un fuerte suspiro, que pareció más bien un gemido.

Mi madre se había dejado vencer por el pánico y estaba rezando de nuevo. Yo estaba también terriblemente asustado y con ganas de llorar, pues sabía lo que significaba la aparición del gato blanco.

Dando a mi padre una palmada en el hombro para animarlo un poco, mi madre se apoyó en él, lo besó y luego se echó a llorar. Él le apretujó las manos, con aspecto muy apurado.

—No ha entrado en casa nada conmigo, ¿verdad? —dijo en voz muy baja volviéndose hacia mí.

—Nada, padre —dije yo—; nada más que la montura y las riendas que traías en la mano.

—Nada de color blanco ha llegado hasta la puerta conmigo ¿verdad? —repitió.

—Nada —contesté nuevamente.

—Mejor —dijo mi padre, el cual, tras hacer la señal de la cruz, empezó a murmurar para sí.

Yo sabía que estaba recitando sus oraciones. Mi madre esperó un rato a que terminara su plegaria y luego le preguntó dónde lo había visto por primera vez.

—Cuando subía por la vereda, recordé que los mozos iban por el camino con el ganado y que nadie cuidaría

del caballo si no lo hacía yo; así que pensé que podía dejarlo en el campo de abajo, y, como el animal estaba muy tranquilo, lo conduje fácilmente por todo el camino. Fue al volverme, después de dejarlo —me había llevado conmigo la montura y las riendas— cuando lo vi aparecer por detrás de la hierba que hay junto al camino y ponerse primero delante de mí y luego detrás, y después a un lado y luego al otro, y así un rato, mirándome todo el tiempo con sus ojos centelleantes; y juraría que lo oí aullar sin apartarse de mí… muy, muy cerca como estamos nosotros dos, hasta que conseguí llegar aquí y golpee fuerte la puerta con el látigo.

Pues bien, ¿por qué una circunstancia tan simple agitaba a mi padre, a mi madre, a mí mismo y, finalmente, a todos los miembros de esta familia de labriegos, con un terrible presentimiento?

Sencillamente porque todos y cada uno de nosotros sabíamos que mi padre había recibido, en aquel encuentro con el gato blanco, un aviso de su muerte inminente.

Aquel mal fario no había fallado nunca hasta entonces. Y no falló tampoco esta vez. Una semana después, mi padre cogió una fiebre que se había propagado y murió antes de un mes.

Mi buen amigo Dan Donovan hizo una pausa; por el movimiento de sus labios comprendí que estaba rezando, y deduje que era por el descanso de aquella alma desaparecida. Poco después reanudó su relato.

Hace ya ochenta años que esta maldición anda asociada con mi familia. ¿Ochenta años? Bueno, noventa años sería más exacto. Yo hablé hace tiempo con muchas personas ancianas que recordaban con nitidez todo lo relacionado con este caso.

Ocurrió de la siguiente manera: mi tío abuelo, Connor Donovan, era en aquel tiempo propietario de la vieja granja de Drumgunniol. Era más rico de lo que nunca llegaría a ser mi padre, ni el padre de mi padre, pues tomó en arriendo Balraghan durante unos años e hizo mucho dinero. Pero el dinero no ablanda un corazón duro, y, por desgracia, mi tío abuelo era un hombre cruel, amén de libertino, y este tipo de personas suelen ser crueles de corazón. También bebía lo suyo y maldecía y blasfemaba cuando se enfadaba, más, me temo, de lo que convenía a su alma. En aquella época vivía en las montañas, no lejos de Capper Cullen, una bonita muchacha de la familia de los Coleman.

Según me han contado, ya no queda allí ningún Coleman, y es probable que esta familia se haya extinguido. Los años del hambre acarrearon grandes cambios. Se llamaba Ellen Coleman. Los Coleman no eran ricos, pero al ser ella tan hermosa podía esperarse hacer un buen casamiento. Pero... peor casamiento que el suyo, imposible.

Con Donovan —mi tío abuelo, ¡que Dios le haya perdonado!— la veía a veces en los mercados y fiestas patronales, y se enamoró de ella, como era de suponer. Pero se portó mal con ella: le prometió el matrimonio y la convenció para que se fuera con él, pero al final no cumplió su palabra. Fue la historia de siempre. Se había cansado de ella y quería triunfar en el mundo. Acabó casándose con una joven de los Collopy que tenía una gran fortuna: veinticuatro vacas, setenta ovejas y ciento veinte cabras. Se casó, pues, con esta Mary Collopy, y se hizo todavía más rico. Y Ellen Coleman murió con el corazón destrozado. Pero aquello no le quitó el sueño al inhumano labriego. Le habría gustado tener hijos, pero no tuvo ninguno, y fue esta la única cruz que tuvo que llevar, pues todo lo demás le salía a pedir de boca.

Una noche, volvía de la feria de Negagh. Un riachuelo atravesaba entonces la carretera —habían construido un puente hacía poco en aquel punto, según me contaron—, y estaba casi siempre seco en verano. Cuando estaba seco, dado que pasaba, con pocas revueltas, cerca de la vieja granja de Drumgunniol, hacía las veces de carretera, que la gente utilizaba entonces como atajo para llegar hasta la casa. Como aquella noche había luna, mi tío abuelo dirigió su caballo hacia aquel riachuelo seco y, cuando hubo alcanzado los dos fresnos junto a la granja, lo hizo bajar hasta el lecho con la intención de franquear la abertura que había en el otro extremo, cabe el roble, y encontrarse así a unos doscientos metros de su puerta.

Al acercarse a la abertura, vio, o creyó ver, deslizándose lentamente por el terreno en la misma dirección y dando de vez en cuando unos pequeños saltos, una cosa blanca que, según él mismo describió, no era mayor que su sombrero, pero que no podía decir con seguridad que era exactamente ya que se movía a lo largo del seto y desapareció en el punto hacia el cual él se estaba dirigiendo.

Al alcanzar la abertura, el caballo se paró en seco. Mi tío abuelo le gritó y lo espoleó en vano. Se bajó para llevarlo de las riendas, pero el animal reculó, estornudó y

le entró un terrible ataque de temblor. Volvió a montarlo. Pero, a pesar de las caricias y latigazos de su amo, seguía aterrorizado y persistía en su obstinación. Había luna llena y mi tío estaba muy enojado por la resistencia del animal, sobre todo porque no le encontraba ninguna explicación; al verse tan cerca de la casa, perdió la poca paciencia que le quedaba y, empleando con saña el látigo y las espuelas, irrumpió en maldiciones y blasfemias.

De repente, el caballo se puso en movimiento de un arreón, y Connor Donovan, al pasar bajo el amplio ramaje del roble, vio claramente, junto a él, a una mujer a la orilla del lago con el brazo extendido, la cual, al pasar a su lado, le asestó un fuerte golpe en la espalda que le hizo dar con la cabeza sobre el cuello del caballo; el animal, presa de terror, alcanzó la puerta en un santiamén, donde permaneció inmóvil, todo él temblando y echando vapor.

Más muerto que vivo, mi tío abuelo entró. Contó lo que le había pasado, aunque un tanto a su manera. Su mujer no sabía que pensar, aunque estaba segura de que algo muy malo le había ocurrido. Lo encontraba muy débil y enfermo, y mandó llamar enseguida al sacerdote. Cuando lo llevaron a su cama vieron claramente las marcas de cinco uñas en la piel de su espalda, donde

se había abatido el golpe espectral. Aquellas marcas extrañas, según decían, tenían el color de un cuerpo alcanzado por un rayo, quedaron grabadas en su carne y le acompañaron a la tumba.

Cuando se hubo recuperado lo suficiente para poder hablar —aunque como quien se encuentra en su última hora, con el corazón apesadumbrado y la conciencia intranquila—, repitió su historia, pero aseguró que no había reconocido la cara de la figura que había visto en la abertura. Sin embargo, nadie lo creyó. Estuvo hablando un buen rato con el sacerdote. Ciertamente tenía un secreto que contar. Podría haberlo divulgado con total franqueza, pues todo el vecindario sabía de sobra que era el rostro de la muerta Ellen Coleman el que había visto.

Desde aquel momento, mi tío abuelo no volvió a recuperarse. Se volvió un hombre asustado, taciturno y atribulado. Era el principio del verano, y con la caída de las primeras hojas del otoño murió.

Por supuesto, hubo velatorio, como correspondía a un labriego tan importante y acaudalado. Por alguna razón, los preparativos de la ceremonia fueron algo diferentes

de lo habitual. La práctica corriente es colocar el cuerpo en el gran salón de la casa. En este caso particular se siguió, como les he dicho, por alguna razón especial, una disposición distinta: el cadáver se colocó en una pequeña habitación que daba a la más grande. La puerta, durante el velatorio, permaneció abierta. Había candelabros alrededor de la cama, pipas y tabaco sobre la mesa, y taburetes para las personas que quisieran entrar, mientras la puerta permanecía abierta para la recepción. Una vez amortajado el cadáver, lo dejaron solo en esta pequeña estancia mientras hacían los preparativos para el velatorio. Después del crepúsculo, al acercarse a la cama una de las mujeres a coger una silla que había dejado al lado, salió de la habitación con un grito; una vez que hubo recuperado el habla, y rodeada por un auditorio boquiabierto, dijo:

—¡Que me muera ahora mismo si no tenía la cabeza levantada y estaba mirando fijamente a la puerta, con los ojos más grandes que platos de peltre, que centelleaban a la luz de la luna!

—¡Qué dices, mujer! Tú estás chiflada —dijo uno de los mozos de la granja.

—¡Eh, Molly, no sigas hablando, anda! Eso es lo que has imaginado al entrar en la habitación oscura, sin luz. ¿Por qué no cogiste una vela, mujer de Dios? —dijo una de sus compañeras.

—Con vela o sin vela, lo he visto —insistió Molly—. Y, lo que es más, casi podría jurar que he visto también que sacaba tres veces el brazo de la cama y lo arrastraba por el suelo para agarrarme por los pies.

—Sandeces. Tú estás chiflada. ¿Para qué puede querer él un pie tuyo? —exclamó uno desdeñosamente.

—Que alguien me dé una vela, por todos los santos del cielo —dijo la vieja Sal Doolan, una mujer delgada y tiesa, que sabía rezar casi como un sacerdote.

—Denle una vela —convinieron todos.

Pero, a pesar de sus comentarios anteriores, no había ni uno de ellos que no pareciera pálido y asustado mientras seguían a Mrs. Doolan, que iba rezando todo lo deprisa que se lo permitían los labios y encabezaba el grupo con una vela de sebo, cogida con los dedos, como una cerilla.

La puerta estaba medio abierta, tal y como la despavorida muchacha la había dejado; y, sosteniendo la vela en alto para ver mejor la habitación, esta se aventuró en el interior. Si la mano de mi tío abuelo había estado extendida por el suelo, de la manera sobrenatural antes descrita, sin duda este la había recogido bajo el lienzo que lo cubría, por lo que la larga Mrs. Doolan no corrió ningún peligro de tropezar con ella al entrar. Pero no había avanzado más que unos pasos con la vela en alto cuando, con el rostro demudado, se paró en seco, mirando fijamente a la cama que ahora se veía perfectamente.

—¡Que Dios nos bendiga! ¡Mrs. Doolan, échese atrás! —exclamó despavorida la mujer que estaba cerca de ella cogiéndola repentinamente por el vestido, o manto, y tirando con fuerza de ella mientras todos los que la seguían retrocedían alarmados por su vacilación.

—¡Shhh! ¿Quieren callarse? —exclamó la cabecilla perentoriamente—. Con el ruido que están haciendo no oigo nada. ¿Quién de ustedes ha dejado entrar ese gato aquí y de quién es? —preguntó mirando con recelo al gato blanco que se había acomodado sobre el pecho del cadáver.

—¡Sáquenlo de ahí ahora mismo, vamos! —ordenó horrorizada ante semejante profanación—. En los años que llevo vividos he amortajado a muchas personas, pero nunca había visto nada semejante. ¡El amo de la casa, con semejante bestia encima, como un demonio! Que Dios me perdone por mentar al maligno en esta habitación. Que alguien lo saque de ahí ahora mismo, ¡vamos!

Cada cual retransmitió la orden, pero sin que nadie pareciera dispuesto a ejecutarla. Todos se estaban santiguando, musitando sus conjeturas y aprensiones sobre la naturaleza de aquel bicho, que no era un gato de la casa ni nadie había visto nunca. De repente, el gato se colocó sobre el cojín que había junto a la cabeza del cadáver y, tras lanzar una mirada torva a todos los presentes, fue deslizándose lentamente a lo largo del cuerpo exánime hacia ellos, maullando despacio pero ferozmente conforme se acercaba. Todos salieron a empellones de la estancia en medio de una espantosa confusión, cerrando bien la puerta tras ellos, y transcurrió un buen rato antes de que los más temerarios se atrevieran a echar otro furtivo vistazo.

El gato blanco seguía sentado donde antes, sobre el pecho del muerto; pero ahora saltó tranquilamente por

un lado de la cama y desapareció por debajo de esta; el lienzo, que a modo de cobertor bajaba casi hasta el suelo, lo ocultó a la vista.

Rezando y santiguándose, y sin olvidarse de echar agua bendita, se pusieron finalmente a buscar bajo la cama, armados de palas, «zarzos», horcas y otros aperos por el estilo. Pero el gato ya no estaba allí, y dedujeron que se había escabullido entre sus piernas mientras estaban en el umbral. Así, cerraron bien la puerta con cerrojo y candado.

Pero, a la mañana siguiente, al abrir la puerta, encontraron el gato blanco sentado, como si no hubiera sido molestado en ningún momento, sobre el pecho del hombre muerto.

De nuevo se reprodujo casi la misma escena, con semejante resultado, solo que algunos dijeron después haber visto al gato escondido debajo de una gran caja que había en un rincón de una habitación exterior, donde mi tío abuelo guardaba su contrato de arrendamiento y demás papeles, así como su libro de oraciones y rosarios.

Mrs. Doolan lo oía maullar a sus talones donde quiera que iba; y, aunque no lo veía, lo oía saltar sobre el respaldo de su sillón cuando ella se sentaba, y ponerse a maullar a su oído, lo que la hacía saltar con un grito y una plegaria, convencida de que el bicho iba a morderle en el cuello.

Y el monaguillo, al mirar a su alrededor bajo los ramajes del viejo huerto, vio a un gato blanco sentado debajo de la pequeña ventana del cuarto donde yacía el cuerpo de mi tío abuelo, y mirando fijamente a los cuatro pequeños cristales cual gato que ojea a un pájaro.

En resumidas cuentas, siempre que alguien entraba en la habitación veía al gato encima del cadáver, y, por muchas precauciones que tomaran, siempre que dejaban solo al hombre muerto, el gato estaba allí acompañándolo fatídicamente. Y así prosiguió para estupor y terror del vecindario, hasta que la puerta se abrió finalmente para el velatorio.

Una vez muerto mi tío abuelo, y enterrado con todas las debidas ceremonias, ya he acabado con él. Pero no he acabado aún con el gato blanco. Ningún fantasma se ha asociado nunca tan indisolublemente a una familia

como esta nefasta aparición a la mía. Pero hay una diferencia. Generalmente, el fantasma mantiene una relación de afecto hacia la familia afligida a la que esta hereditariamente asociada, mientras que este bicho es claramente sospechoso de malignidad. Es sencillamente el mensajero de la muerte. Y el que haya adoptado la forma de gato —el más frío y, según dicen, el más vengativo de los animales— es bastante indicativo del espíritu de su visita.

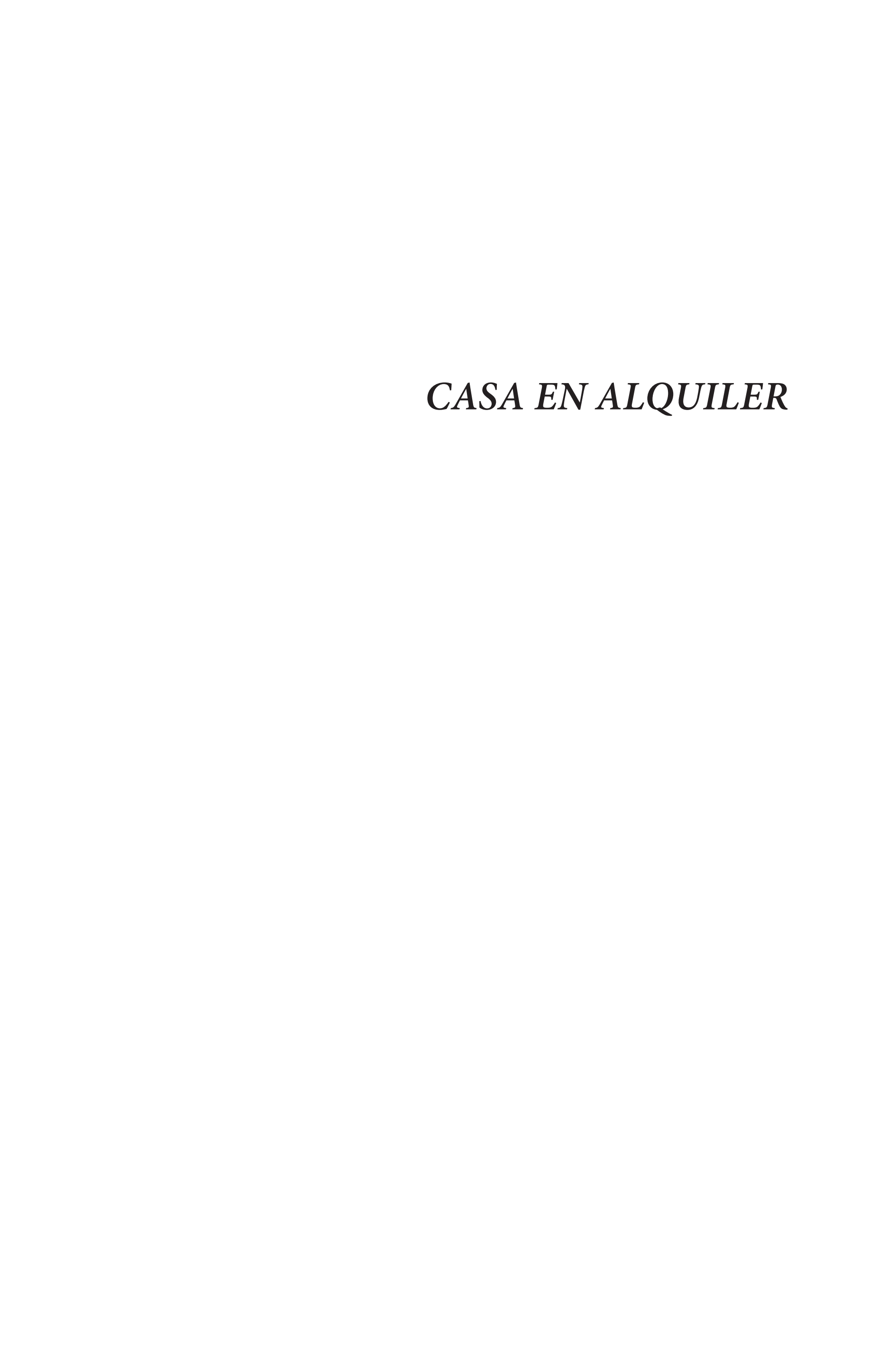
Cuando a mi abuelo le llegó la hora de la muerte, aunque él parecía estar bien en aquella época, el gato se le apareció, si no exactamente igual, sí de manera muy parecida a como se le había aparecido a mi padre.

El día antes de que mi tío Teigue perdiera la vida por la explosión de su fusil, se le apareció al atardecer, junto a la laguna, en el campo en el que yo vi a la mujer caminando por el agua, como ya les he contado. Mi tío se hallaba lavando el cañón de su fusil en el lago. La hierba es baja allí, y no había ningún escondite alrededor. No se explicaba cómo se le había acercado, pero el hecho es que lo vio de repente cerca de sus pies, a la hora del atardecer, con la cola nerviosamente arqueada y un verde amenazador en los ojos; e, hiciera lo que hiciera mi tío, el animal seguía dando vueltas a su alrededor, unas veces

grandes y otras más pequeñas, hasta que llegó al huerto, donde lo perdió de vista.

Mi pobre tía Peg —que se casó con un O'Brian, cerca de Oolah— vino a Drumgunniol para asistir al funeral de un primo que había muerto a dos kilómetros de allí. La pobre murió también, solo un mes después.

De vuelta del velatorio, a las dos o las tres de la madrugada, al atravesar la cerca de la granja de Drumgunniol, vio al gato blanco, que se puso a su lado; ella estuvo a punto de desmayarse, aunque logró llegar hasta la puerta de la casa, donde el gato se encaramó al espino blanco que hay allí y desapareció de su vista. Mi hermano pequeño Jim lo vio también tres semanas antes de morir. Cada miembro de nuestra familia que muere, o enferma de muerte, en Drumgunniol, ve antes fatídicamente al gato blanco y sabe que ya le quedan pocos días de vida.



CASA EN ALQUILER

Había estado mucho tiempo enfermo y mi médico me aconsejó que fuera a pasar la convalecencia en algún pueblecito tranquilo y soleado de la costa meridional francesa, alejándose del clima húmedo y brumoso de mi pueblo natal irlandés.

Nada especial me retenía en Dublín; sin ser rico, disponía de unos ahorros que me permitían vivir con cierta holgura. Desde hacía mucho tiempo carecía de familia, por lo que decidí, una vez que me sentí con fuerzas suficientes, embarcarme para Marsella.

Mi criado, llamado Jones, me acompañó en este viaje. Antiguo sargento en el ejército de España del duque de Wellington, era, por entonces, un viejo delgado, enérgico y de unos sesenta años de edad. Yo lo apreciaba mucho, no solo por la devoción que me testimoniaba sino, además, por las numerosas cualidades que le hacían sumamente valioso.

En Marsella, adonde llegamos a principios del año 1840, me indicaron que había una casa en alquiler en un pueblecito de pescadores de la costa provenzal. Insistieron en que se trataba de un lugar muy bello, de clima agradable y maravilloso panorama.

Como el alquiler era muy barato, acabe por aceptar, modificando así los proyectos que tenía de establecerme cerca de Nápoles. Días más tarde llegamos al pueblecito de pescadores. La casa, me dijo el agente inmobiliario al entregarme las llaves, había pertenecido durante cierto tiempo a un célebre marino francés, el bailío de Suffren.

Una vez cerrada la puerta, Jones me miró y me dijo, bruscamente, con esa franqueza castrense tan peculiar en él y que yo tanto admiraba:

—Señor, esta casa no me agrada en absoluto.

Me eché a reír y contesté:

—¿Qué le ves de malo? Por mi parte, la encuentro encantadora, exquisitamente amueblada, bien situada y muy soleada.

Jones se encogió de hombros, gruñó algo que no entendí y se dispuso a subir nuestro equipaje.

Mi nueva residencia se componía de una planta baja, en la que estaban situados el vestíbulo, el salón, el comedor y un despacho, y de un piso superior en el que

había tres dormitorios para los señores y dos para los domésticos.

El agente inmobiliario había convenido conmigo en que una mujer del pueblo vendría a hacer la limpieza y a prepararnos las comidas. Me senté en un sillón del despacho y me puse a contemplar el mar a través de la ventana, mientras soñaba en las jornadas felices de que disfrutaría durante mi estancia en aquel lugar tan bonito. Instantes después llamaron a la puerta.

—Entre —dije.

Una pobre mujer, doblada por el peso de los años y la miseria, apareció en el umbral.

—Soy Gabriella, su cocinera.

La manera de presentarse me hizo sonreír, pues se veía que aquella humilde pueblerina ignoraba el lenguaje ceremonioso utilizado por los domésticos profesionales. Pero no le di la menor importancia, ya que siempre he sido un hombre sencillo y por encima de todo tipo de prejuicios sociales aprecio a las personas por sus valores morales y no por su lenguaje más o menos refinado.

—Muy bien, Gabriella, ha sido un placer el conocerla —respondí—. En cuanto a su salario y al trabajo que tendrá que hacer en esta casa, ya se arreglará con Jones.

Luego le dije que podía retirarse. Cuando llegó la hora de la cena, tuve que hacer un tremendo esfuerzo, pues la anciana tenía la costumbre de condimentar mucho las comidas. Mas a medida que fue pasando el tiempo, no solo me acostumbré a ellas, sino que incluso llegaron a gustarme.

A las ocho de la noche, Gabriella regresó a su casa, y yo, cansado por el agotador viaje, decidí acostarme temprano. Le dije a Jones que podía disponer de toda la noche. Me dirigí a mi habitación y me metí en la cama. Había cogido una novela francesa de M. Hugo, pero, en honor a la verdad, debo confesar que apenas pude llegar a la tercera página; no sé si fue el libro o el cansancio, pero a los pocos minutos me quedé profundamente dormido.

Un ruido extraño me despertó, y habría jurado que en la habitación había alguien más que respiraba jadeando. La oscuridad era total, por consiguiente, no podía ver nada. Nunca he sido un hombre timorato, como lo demuestra mi historial militar durante el tiempo

que serví en la India, pero debo confesar que en aquel instante me sentí dominado por un terror espantoso. Me incorporé en la cama y, no pudiendo resistir más aquella tensión nerviosa, grité:

—¿Quién está ahí?

Nadie contestó, pero tuve la impresión, casi la certeza, de que alguien se aproximaba a mí, pues sentía aquella respiración jadeante cada vez más cercana. Volví a insistir, esta vez aún más nervioso:

—¿Quién está ahí?

Algo frío, húmedo y pegajoso rozó mi muñeca. Perdí el control de mis nervios y me puse a gritar con desesperación:

—¡Jones, Jones, corre, ayúdame, socorro, socorro!

Pero todo permaneció tan silencioso como antes. No se oía nada en toda la casa, y llegué a la conclusión de que Jones estaría divirtiéndose por los bares del pueblo o quizá habría sido víctima de aquella cosa, de mi misterioso visitante. Mis gritos parecieron haber parado

en seco al avance de aquel espectro, fantasma o lo que fuese, pues sentía su hálito a la misma distancia.

Como no ocurría nada, acabe por apaciguarme y me convencí de que todo no había sido más que una alucinación auditiva. Fue desagradable, por cierto; pero no tenía nada de qué inquietarme. De todas formas, y para acabar con toda duda, cogí el mechero y encendí una vela. Al mismo tiempo que la llama empezaba a brillar, oí unos pasos precipitados y un gran ruido, como producido por un tejido grueso restregado con fuerza.

A la luz de la vela, comprobé que en mi habitación no había nadie más que yo, y cuando me disponía a apagar la luz y volver a dormir, mis ojos se clavaron maquinalmente en el suelo; este estaba cubierto de unas manchas negruzcas que en aquel instante no pude identificar.

Me bajé de la cama y examiné con más detenimiento aquellas extrañas manchas. Lo que vi me llenó de horror: unas huellas de pies desnudos partían de la cabecera de mi lecho y se detenían, no delante de la puerta de la habitación como habría sido lógico suponer, si mi extraño visitante era un ladrón como yo sospechaba,

sino delante del muro que daba a la parte posterior de la casa. ¿Había atravesado la pared aquella cosa?

Era imposible; ningún ser humano puede atravesar un muro de piedra. Como aquel misterio ya empezaba a ponerme nervioso otra vez, empecé a gritar con todas mis fuerzas, llamando a Jones; mas fue en vano. Entonces tomé una decisión que lamentaría durante el resto de mi vida.

Me vestí con rapidez, sin quitar los ojos del muro, cogí mi pistola y me acerqué al lugar donde desaparecían las huellas. Al examinar estas de cerca, comprobé que, en efecto, penetraban en el tabique: la prueba era que una de ellas parecía cortada en dos a ras del plinto. Entonces, pensé que podía tratarse de un muro giratorio que daba acceso a una escalera secreta. Empujé con todas mis fuerzas en cada centímetro cuadrado de la pared, pero esta no cedía. De repente, oí que en algún sitio del tabique giraban unos goznes invisibles; un rectángulo negro apareció en él, al mismo tiempo que una bocanada de aire pestilente penetraba por mis orificios nasales. Cogí la palmatoria, empuñé mi pistola y franqueé el misterioso umbral. La débil luz que proyectaba mí vela

iluminaba una escalera de piedra que se hundía en espiral en las entrañas de la tierra. Me armé de valor y empecé a descender. Llegué a contar trescientos noventa y seis escalones; ya casi ni podía respirar, pero puesto que me había embarcado en aquella aventura, lo lógico era seguir hasta el final y descubrir quién era mi extraño visitante nocturno. Empecé a caminar por un pasadizo estrecho por cuyo suelo avanzaban las huellas. Cuando ya había recorrido unas cien yardas, me vi detenido por una pesada puerta de hierro; la empujé, resistió un poco y al fin se abrió, produciendo un siniestro chirrido.

Por un instante, una luz intensa me deslumbró; pero una vez que mis ojos se hubieron acomodado poco a poco a la misma, me di cuenta de que me encontraba dentro de una inmensa caverna en la que flotaba una especie de bruma lechosa. Incluso me pareció que aquella luz procedía de esta misma bruma. Unas formas movedizas, que apenas podía distinguir, atravesaban mi campo visual. Solo veía con claridad las huellas de los pasos que había seguido hasta allí. Entonces me puse a temblar de horror; a la débil luz de mi vela, había podido discernir el contorno de unas huellas de pies humanos..., pero allí comprobé que estaban sangrantes. ¿Qué cuadro macabro

iría a descubrir si me aventuraba a proseguir mi camino? Con seguridad algo siniestro y horripilante. De modo que decidí volver sobre mis pasos, subir a mi habitación y abandonar aquella casa al día siguiente. Di media vuelta para buscar la puerta por donde había entrado. Cuál no sería mi estupor y desesperación al comprobar que había desaparecido. En ese momento, una risa sarcástica llegó a mis oídos. Creo que perdí la cabeza y me puse a correr mientras gritaba pidiendo socorro; no sabía adónde iba. Unos ruidos siniestros resonaban en la estancia, mientras sentía que unas cosas inmundas me rozaban, unas formas monstruosas que parecían obstruirme el camino.

Todo esto duró mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo? No lo sé: unos minutos, unos siglos, quizá una eternidad. La bruma era cada vez más espesa y luminosa, mientras unas voces lanzaban alaridos en francés, en inglés, en alemán y en italiano; unas llamadas que yo no comprendía. Y fue entonces cuando comenzó la lluvia de sangre... Al principio, gruesas gotas, luego una verdadera tormenta de sangre que, sin embargo, daba la impresión de respetar el camino que yo tomase y me facilitaba la huida.

—Michael O'Grady —dijo de repente una voz fuerte que rugió como un trueno bajo las bóvedas de la caverna.

Me sobresalté al oír mi nombre, y tras armarme de un valor ilusorio pregunté temblando:

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted? ¿Qué desea de mí?

—¿Quién soy yo? No se lo diré en absoluto. En cuanto a lo que quiero, lo único que deseo es que me ayude en algo muy importante para mí.

Durante unos instantes permanecí mudo de asombro, y cuando traté de hablar de nuevo, esa voz cavernosa y siniestra retumbó en el hediondo antro:

—En el cementerio de Saint-Tropez hay una tumba sin cruz y sin nombre. Deseo que mañana vaya usted a colocar sobre la losa un ramo de flores y que haga decir tres misas en la iglesia por el reposo de un alma atormentada. ¿Me promete usted que cumplirá mi deseo?

¿Qué habría hecho usted, lector, en mi lugar? Le prometí que cumpliría todos sus deseos, lo que quisiera. Mi invisible interlocutor prosiguió:

—De, acuerdo. Pero no olvide de cumplir su promesa. Sobre todo, Michael O'Grady, no la olvide.

Hubo un brusco y pesado silencio, lleno de tácitas amenazas, y luego la voz continuó:

—Y ahora, regrese a su habitación.

Se calló, la lluvia de sangre cesó de caer y la puerta de hierro, situada a unos metros delante de mí, empezó a elevarse hasta que quedó completamente abierta. A pesar de mi emoción, no había soltado ni mi pistola ni la vela, y me lancé con rapidez hacia la puerta, corriendo por el ahora libre pasadizo.

No sé cómo pude encontrar el camino de regreso; lo cierto es que minutos más tarde me hallaba acostado en mi cama, y después quedé sumido en el más profundo de los sueños, sin tener la más ligera pesadilla.

Al día siguiente por la mañana, Jones vino a despertarme. Mientras descorría las cortinas de la ventana, a través de las cuales radiaba el sol de un hermoso día, y se disponía a prepararme el desayuno, yo, poco a poco; me despejé por completo del sueño de la víspera.

—Dime una cosa, Jones —pregunté—; ¿a qué hora regresaste anoche a casa? —Entre las once y las doce, Señor.

—¿No oíste nada sospechoso?

—No, Señor.

Jones se dispuso a prepararme el desayuno, sin conceder la menor atención a la pregunta, para mí tan importante, que le había formulado. Pero, de repente, se volvió bruscamente, clavó en mí sus acerados ojos y me dijo a quemarropa:

—Ruego al señor que me perdone, pero anoche oí unas cosas muy extrañas, mientras bebía unos vasos en una taberna del pueblo. Resulta que mis impresiones sobre esta casa, aquellas que le expuse ayer al señor, fueron confirmadas por unos pescadores en ese lugar. Me dijeron que esta casa tiene muy mala reputación y que jamás ningún inquilino ha permanecido mucho tiempo en ella, desde la muerte del bailío de Suffren. La gente llegaba, pero a los pocos días la abandonaba como si estuviera habitada por mil fantasmas o por el espectro del difunto bailío. Bueno, eso es lo que me contaron los pescadores.

Como Jones era para mí, más que un doméstico, un amigo, detalle que ya expuse al lector al principio del

presente relato, le conté todo lo que me había sucedido durante mi aventura nocturna de la víspera. A medida que le relataba todos los pormenores de la misma, observé que su rostro se endurecía. Cuando terminé, Jones movió la cabeza con aire de persona entendida en la materia y dijo:

—Creo, señor, que ya sé lo que ha sucedido. Si me lo permite, voy a hacer una pequeña investigación por mi cuenta para cerciorarme de lo que sospecho.

Acepté curioso la proposición de mi doméstico. Este empezó por examinar el muro. Ya no había ninguna de aquellas huellas sangrientas, ni tampoco ningún fragmento de materia negra; Jones trató de encontrar la entrada de la escalera secreta. Fue en vano. Se puso a golpear el muro, tratando de localizar algún punto que sonara a hueco, pero tampoco tuvo éxito en esta tarea. Perplejo, mi pobre doméstico me propuso derribar el muro con un pico y un buen martillo. Me opuse a ello, alegando que la casa no era nuestra como para ponernos a destrozarla. El día era muy hermoso, la atmósfera estaba saturada del perfume de las flores y yo me encontraba de muy buen humor; acabé por decirle a Jones, para disuadirle del todo:

—Escucha, Jones no vale la pena que te calientes más la cabeza tratando de descubrir la puerta secreta. Probablemente he tenido una pesadilla, y si tuviéramos que hacer caso de todos los sueños, tendríamos para largo. Vamos, déjalo y ocupémonos en otras cosas.

Al mediodía, me pareció que Gabriella me miraba de una forma muy extraña, con ojos en los que brillaba una especie de curiosidad malsana. No le habría dado mucha importancia a este detalle si, hacia el final de la comida, no me hubiera murmurado al oído, al pasar junto a mí, las siguientes y misteriosas palabras:

—Saint-Tropez tiene un cementerio muy bonito; creo que al señor le interesaría sacrificar unas horas y visitarlo lo antes posible.

¡Ah! ¡La miserable vieja! De golpe y porrazo, todos los terrores y angustias de la noche pasada acudieron a mi mente, y sentí unas ansias locas de estrangularla con mis propias manos a la cocinera. Pero me calmé casi al instante, pensando que solo podía tratarse de una simple coincidencia. Por lo demás, ¿cómo podía Gabriella estar al corriente de aquella espantosa pesadilla?

Después de comer, decidí dar un largo paseo por los alrededores. Jones me acompañó. Nos pusimos a caminar en silencio por las calles de aquel pueblecito de pescadores. Me agradó mucho ver sus casas altas y estrechas, tan cerca unas de otras que habría sido posible saltar de una vivienda a la de la acera de enfrente. Unas mujeres, engalanadas con oropeles multicolores, hablaban en el lenguaje cantarín y animado típico de aquella región.

Finalmente llegamos a La Poche, el puerto de los pescadores. El mar estaba tan tranquilo como una balsa de aceite, cosa que me extrañó, ya que desde mi infancia estaba acostumbrado al tormentoso océano Atlántico. Algunas velas blancas se divisaban en el horizonte, bajo un cielo azul puro. Me sentía dichoso de vivir en aquel pacífico y bello pueblecito de pescadores, y olvidé la pesadilla que había tenido en la noche.

Solo el azar guiaba en aquel instante nuestros pasos, mientras Jones y yo caminábamos por un sendero bordeado de setos en flor. Daba gusto respirar el aire marino y sentir sobre la piel la calurosa caricia del sol. Una verja de hierro en muy mal estado nos cortó el paso

cuando, al llegar al final del sendero, nos vimos obligados a girar a la izquierda; me acerque a ella, la abrí sin ninguna dificultad y momentos después, nos encontrábamos en el interior del cementerio.

Aquella sorpresa no me pareció nada extraña, sino una cosa meramente fortuita, que me ofrecía la oportunidad de visitar el cementerio y satisfacer la curiosidad que habían despertado en mí las palabras de mi cocinera.

En lugares semejantes es corriente encontrar tanto bonitas tumbas como emocionantes inscripciones grabadas en ellas. Ese cementerio no tenía el aspecto siniestro y mórbido de nuestros camposantos nórdicos. Jones, que siempre había sido un hombre supersticioso, me dijo que prefería esperarme fuera mientras yo satisfacía mi curiosidad. Le di mi permiso y me puse a recorrer el cementerio, fijándome de vez en cuando en aquellas tumbas que llamaban mi atención. Ninguna de ellas daba impresión de tristeza: las lápidas de color rosa o blanco estaban casi cubiertas por una exuberante vegetación, y daba la impresión de que por todas partes brotaban flores.

De repente, me sentí dominado por una espantosa sensación de terror; me encontraba ante una lápida gris, desnuda, siniestra, sin inscripción ni flores. Una impresión abominable de asco parecía emanar de ella. Algunas imágenes furtivas pasaron por delante de mis ojos. Creí que volvía a oír la extraña voz de la caverna. No pude soportarlo más y salí huyendo.

Aquella misma tarde me marché de Saint-Tropez. Había intentado enterarme de aquello que encerraba esa tumba, pero ninguna de las personas a las que interrogué supo satisfacer mi curiosidad. Cuando oían mi pregunta, se santiguaban y trataban de cambiar de conversación. Nadie sabía nada o, seguramente, nadie quería saber nada... Entonces me acordé de Gabriella; ella sí que podría decirme lo que encerraba la siniestra tumba. La busqué por todas partes, pero no pude hallarla; había desaparecido, nadie la había visto. Cualquiera habría pensado que se había volatilizado en el aire sin dejar el más mínimo rastro.

A pesar de todo, cumplí con la promesa que le hiciera a aquello que habitaba en las profundidades de la caverna de la casita que había alquilado; ordené que cubrieran de

flores la misteriosa tumba y luego fui a ver al cura del lugar para pagarle tres misas por el eterno descanso de un alma en pena. Cuando el sacerdote oyó mis palabras, se asombró tanto como si le hubiese preguntado dónde se hallaba la tumba del conde Drácula. Una vez pasado su estupor dijo:

—Lo siento mucho, mas no puedo complacerle. De todas formas, le agradecería que me dijera por qué desea que diga tres misas por un alma en pena. ¿Qué interés le guía al intentar pagarme esas tres misas? Disculpe mi curiosidad, pero es que me extraña mucho.

Entonces le conté toda mi espantosa historia, sin ahorrar el más mínimo detalle; desde aquella primera noche en que entrara en mi habitación el misterioso y furtivo visitante hasta el instante en que oí su siniestra voz haciéndome prometerle que depositaría unas flores sobre aquella tumba y que haría dar tres misas por un alma en pena.

Observé como el sacerdote, mientras yo hablaba, me escuchaba con mucha atención, sin adoptar esa postura, con la que generalmente se suele escuchar el relato de una persona neurótica de mente ardiente e imaginativa,

sino todo lo contrario; como si le estuviera contando algo importante e interesante para él. Cuando terminé mi relato, el cura permaneció silencioso durante unos segundos, como si estuviera meditando sobre todo lo que había dicho. Luego, se levantó y se puso a pasear al mismo tiempo que me decía:

—La Iglesia, como usted sabe, desconfía en grado sumo de las visiones y manifestaciones de ese género. A mi juicio, creo que su sueño tiene una causa muy natural, y que esa historia de la tumba misteriosa del cementerio de nuestro pueblo no es más que una simple coincidencia.

—Pero usted también sabe —le respondí respetuosamente— que la casa del bailío de Suffren goza de mala reputación entre los habitantes del pueblo, es decir, todos creen que allí ocurren cosas muy extrañas, como si estuviera embrujada. ¿Qué puede decirme respecto a eso? ¿Cuál es su autorizada opinión sobre tan misteriosos hechos?

Mas el sacerdote no pudo o no quiso decirme nada, alegando que hacía poco que residía en Saint-Tropez, pero que, de todas formas, no hiciera caso de aquellas historias de resucitados y duendes a la que tan inclinados

son los marineros, sean del país que fueren. Salí de la sacristía con la conciencia en paz. ¿Pero por qué entonces, se preguntará el lector, me marché tan pronto del pueblo, sin querer pasar ni una noche más en aquella casa?

Tenía un motivo muy poderoso; cuando abrí la puerta de la casa, oí muy claramente, y Jones, que me seguía, también oyó la voz que me decía:

—Muchísimas gracias, Michael O'Grady.

“ —¡Shhh! ¿Quieren callarse? —exclamó la cabecilla perentoriamente—. Con el ruido que están haciendo no oigo nada. ¿Quién de ustedes ha dejado entrar ese gato aquí y de quién es? —preguntó mirando con recelo al gato blanco que se había acomodado sobre el pecho del cadáver...

Colección
Lima Lee

